

pueden proclamar la necesidad de que se les respete, de que se les deje vivir su propio destino. ¿Qué otra cosa realiza la India con sus miles de almas reveladas contra la opresión del otro Imperio? Y la India empieza a ver que Inglaterra cambia al virrey y quiere planear una solución. ¿Habrían conseguido siquiera que se les tomara en cuenta, si su ánimo hubiera sido sumiso al vasallaje del colonizador? Inglaterra encontró decoro y dignidad y comprendió que el envilecimiento no cundiría en aquel pueblo.

Lo mismo han encontrado en Nicaragua los hombres que están realizando el Imperio en los Estados Unidos. Y lo mismo es preciso que encuentren en todas estas patrias colocadas bajo el aura imperializante. No nos envilezcamos.

Juan del Camino

Cartago y febrero del 31.

Carta alusiva

(Viene de la página 109)

el porvenir de nuestra civilización: de ella depende que la civilización se depure y acendre, o que se venga abajo toda en catástrofe sangrienta. Y me alienta aún más para enviarle este sesudo artículo, el hecho de saber que en Costa Rica se libra ardorosa batalla para establecer límites de justicia social a la codicia de los monopolios de luz y fuerza eléctricas. Sobre el postulado de que los derechos de la propiedad no sólo son sagrados e inviolables sino ilimitados, se va a la ruina de nuestra civilización. Nos puede salvar únicamente, la acción a tiempo y sostenida de frenos a la propiedad y de restricciones a los derechos de la propiedad como los que sabía y patriótica y humanitariamente quiere crear la benemérita Junta Nacional de Electricidad de Costa Rica.

La labor de esa Junta no es de índole que pueda competir con el resultado de los atracos a trompadas para llamar la atención de las masas lectoras de periódicos en el mundo. Tampoco será esa labor plato sabroso para aquellos que aprendieron a leer,—con lo que se creyó que salvarían su intelecto de bajezas,—y sólo emplean el saber adquirido para encharcarse en los chismes y escándalos de la gente de cine. Sin embargo de todo esto, el resultado de la lucha entre ese grupo de hombres avisados de Costa Rica y la compañía de servicios eléctricos más poderosa del mundo, tiene suspenso a grueso público de América. Las noticias de Costa Rica sobre estos asuntos son tema de repetidas conversaciones en centros de discusión de problemas mundiales, como el Civic Club y la New School for Social Research de esta enorme ciudad. Y verá usted fácilmente por qué se le reconoce a esta cuestión tamaña importancia.

El imperialismo norteamericano preocupa más y más a las gentes de este país que piensan con conciencia. Al buscarle las raíces, tienen que descartar la posibilidad de que se deba a un espíritu bélico que exista en los Estados Unidos. Tienen que descartar también cualquier deseo efectivo que pudiera existir aquí de ensanchar fronteras. No es ansia de mayor territorio ni de gloria militar lo que mueve ciegamente

Amemos realmente nuestra patria, vivamos en sacrificio constante por ella. Y además, no seamos indiferentes a la suerte que puedan correr otras patrias. Si a Nicaragua la ocupan militarmente, pongámonos alerta, porque es como si sobre la copa del árbol que nutre a muchos pueblos hermanos, cayera la plaga exterminadora. No vivamos en paz mientras esa ocupación no termine definitivamente. Interesémonos por nuestros destinos, seguros de que son idénticos. No dejemos que se nos civilice. La civilización impartida por medio de una marinería atroz y estúpida, sólo lleva al envilecimiento. No seamos infames descastados, porque es de esta escoria de la que se sirve el imperialismo para avasallarnos.

a esta República hacia el imperio. Lo que la empuja como fatalidad es el hecho de que el oro va a donde pueda más fácilmente multiplicarse. Tras el oro van, guardándolo y guardando sus conquistas, las bayonetas y la bandera. El Gobierno de los Estados Unidos envía marinos a la América Latina, no por cuanto es gobierno del pueblo norteamericano, sino por cuanto es gobierno del capital norteamericano; no por cuanto mantiene altos ideales de democracia y de libertad, sino por cuanto mantiene el principio de que la propiedad privada norteamericana es sagrada y debe ser defendida en cualquier punto del planeta. Mr. Coolidge, en famoso discurso de cuando era Presidente, dejó nitidamente explicado este punto. Y aunque a veces se emplee la coerción para hacer que los pueblos latinoamericanos cedan sus derechos, las más de las veces, sin embargo, intereses norteamericanos han adquirido pacíficamente derechos de propiedad en la América Latina. Por pacíficamente quiero decir que sin que la marinería norteamericana le pusiese al pueblo de esos países la bayoneta al cuello con amenaza de degollarle. Ultimamente, por ejemplo, la Electric Bond and Share ha adquirido inmensas propiedades en diversos países latinoamericanos. Ninguno de ellos puede decir que medió imposición de fuerza de ninguna especie. Libremente se negociaron los contratos, libremente se adquirieron las concesiones. Hay, pues, en esto del Imperialismo, otro factor que el Imperator: es el «imperado»: aquel que se pone voluntariamente el dogal de súbdito y que protesta sólo cuando comprende, tardíamente, que ese dogal ahorca.

Contra esa situación es fácil caer en el extremo de pensar que se debe cerrar toda puerta al capital extranjero. Fuera de que ello es imposible de realizar, su lógico resultado sería un aislamiento que acarrearía locura. Así, es síntoma de insania, de curiosa paranoia, el anhelo de los Estados Unidos de aislarse en política de todo el mundo. Y aquí cabe decir que siempre que de los Estados Unidos se trate, hay que tener muy en cuenta que no son nación cuerda; que la fuente de muchas de sus vir-

tudes, su origen en parte puritano, es causa también de locura. Es terrible pensarlo, pero así es. Este es un pueblo de gente desequilibrada. Su fuerza es fuerza de locura; su genio lo es de loco también. Las virtudes de la cordura son las que aquí se buscarán en vano: la claridad, el amor al sosiego, la serenidad, la felicidad, el orden. Pero ni siquiera la eficiencia de que tanto hacen alarde, es virtud que de veras posean estas gentes: no hay ciudades tan mal administradas como las suyas; no hay negocios tan enredados y despilfarradores; no hay sistema de educación tan sin orientación que ilumine. Se vive febrilmente. Se cree en fantasmas. Hay accesos de lujuria espeluznantes; accesos de furia desgarradores de contemplar; y ahora que tiene hambre, que no tiene trabajo, este pueblo hace unas muecas de manicomio que dan pavor. En la América Latina seremos casi salvajes, como lo es Méjico en sus revoluciones; seremos ignorantes como lo demuestra el alto índice de analfabetismo de nuestros pueblos; seremos hasta tontos, que es otra manera de decir que somos inocentes de capirote; pero locos, no. La locura del mundo sólo Dios sabe qué destrozos no hará en un porvenir cercano. Y creo que el destino de la América Latina, si tenemos conciencia de ello, ha de ser precisamente establecer de nuevo el reino de la cordura. Tengamos eso bien presente.

El aislamiento, pues, no es resolución a la que darle importancia. En buena hora llegue a nosotros el capital norteamericano. Pero sepamos mantener íntegro el respeto de nuestra casa. Que no por culpa nuestra nos eche de ella el huésped y se haga señor y amo de nuestro hogar. Al capital norteamericano, y a todo capital, hay que marcarle con previsión la norma de conducta que ha de seguir. Démosles bienvenida a esas empresas que llegan a hacer producir electricidad a nuestros ríos, pero no las dejemos a su solo arbitrio y capricho imponer tarifas de cobro por la electricidad que vendan. Y veremos si manteniéndonos firmes en esa actitud y manejando los asuntos con decoro, no nos libramos del horrible pulpo. Tal es el experimento de Costa Rica, la lección objetiva de Costa Rica para las naciones todas de América. Por consiguiente, a esa Junta Nacional de Electricidad hay que apoyarla. Que mantenga su vigilancia. Pues un solo descuido puede costar caro a ese país y a los demás que sigan su enseñanza.

El artículo que le envió, de Niebuhr, no es lectura fácil. Es una página grávida, esto es, pesada, en el original, y más debe de serlo en mi traducción. No soy, señor mío, literato, sino humilde larva de filósofo; y los filósofos, a pesar de Platón y de Voltaire y de Nietzsche y de Santayana, como que predestinadamente son, por regla general, mediocres estilistas. Y es una página larga, pecado capital en una época en que los cerebros no resisten dosis mayores de las marcadas «para niños». Con eso y todo, su importancia en el momento del mundo es bastante para recompensar el esfuerzo de quien la lea. Por eso he preferido enviarle esa traducción que no nada de mi cosecha propia.

Su admirador y atto. s.,

Félix Llorente

Nueva York, 13 de enero de 1931.